



Ramón López Velarde

Clara Nevares

Ocho de diciembre... Día como un listón blanco y azul en la vida de Clara Nevares... Misa de Inmaculada... Templos fríos...

Tales fueron mis primeros pensamientos al despertar en la fecha apuntada. Hay una Clara Nevares en todas las cabeceras importantes de todas las regiones. Decid Tepatitlán, Fresnillo, Matehuala o Coatepec. Lo mismo da. La Clara de mi crónica, amada hace lustros por mi niñez lírica y boba, va hoy viviendo los años de abdicación en que las mujeres nada esperan ni nada quieren del hombre, y en que, para conservarse bellas, necesitan ser adoradas, según descubrimiento de no sé qué parisiense, de estos que escriben para la perdición de las almas.

La fatalidad nos separó, es cierto; pero yo he pensado en Ella diciendo en un monólogo interior, sobre el lecho de mi pereza:

«Día ocho de diciembre... Ella habrá madrugado, lavándose, con agilidad de paloma, brazos, cuello y rostro. Vestida de negro, habrá dirigiéndose a la parroquia, pasando por la panadería, por la panadería fecunda, con su buen olor goloso; habrá atravesado la Plaza de Armas, todavía en sombras; habrá cortado el portal, habrá seguido por la calle en que se ve una placa de mármol, conmemorativa de la estancia en el pueblo de un personaje sospechoso, allá por 1859 o 1863; habrá mirado al sereno sobre una escalera, en la mitad del arroyo, apagando la mecha de un farol; y habrá entrado en la parroquia. En las naves, irrumpirá la iniciativa gozosa de una orquesta y se oirán canarios que exhiben en su plumaje desde un verde tierno de lechuga hasta el amarillo intenso de las onzas que se acaban de troquelar. Ella ha estado hincada cerca del púlpito, y después del ofertorio ha recordado que lejos, demasiado lejos, hay una tristeza que la quiere, y se ha dicho: "Ofreceré la comunión por él". ¡Oh, cielos, mi vida tiene una clave y un fin, pues hay un pecho limpio que comulga por mí! Se ha persignado para salir de la parroquia. Ha emprendido la vuelta a su casa. Ya adentro de su zaguán se quita el manto. Va al comedor. Quizá está sola, sola con su vaso de leche, coronado con una pulcritud de espuma. Quizá reflexiona que en la silla inmediata a la suya he asistido no pocas veces a sus desayunos elementales. Quizá canta, bajo, bajito. No sé, a punto fijo, por qué siento

la necesidad de levantar los brazos al cielo, como una lira, imitando a Francis Jammes en la agonía de sus alejandrinos invernales».

Mi vida es una sorda batalla entre el criterio pesimista y las unidades del ejército femenino. Una batalla sorda y sin tregua entre las conclusiones de esterilidad y la gracia de Eva. De una parte la tesis severa. De otra, las cabelleras vertiginosas, dignas de que en ellas nos ahorcásemos cuando la intensidad de la vida coincida con la intensidad de la muerte; las bocas que fingen fragilidad y que son feroces; los flancos que prestan su línea a la cúpula de las catedrales y al cristal en que bebemos, los pechos que avanzan y retroceden, retroceden y avanzan, como las olas inexorables de una playa metódica; las rodillas que se estrechan como en una premeditación estratégica; los pies que se cruzan y que son crueles, como lo sería, ante los ojos del nauta, con urgencia de desembarcar, el cabo trigüeño o rosado de un continente prohibido. ¿Quién será mi vencedora en esa lid en que me place ser tocado por hierros encendidos? ¿Lo será una mundana? ¿Lo será una regional, de las que tan bien esconden las armas del sexo, sumergiéndolas en un prestigio honesto? Quizá no muy tarde, en un cansancio de lo hueco y de lo complicado, acuda sencillamente a Clara; el reloj de muestra negra y manecillas doradas, que en la fachada de la parroquia ha soportado lluvias, huracanes y el estrago de la guerra, marcará una vez más el triunfo de la sangre siempre segura, sobre las ideas, siempre vacilantes.

Al llegar aquí, me acuerdo de Paco Izaguirre. Paco Izaguirre se llama un confeccionador de versos, paisano mío, que ha dedicado su existencia a cortejar a Clara. Esto me liga a él con una maciza simpatía. ¿Quién tiene mejores títulos para nuestra simpatía que el que ama a la misma mujer que nosotros? Y luego, si la rivalidad es meramente teórica... Por mi parte, os confieso que a no mediar los sonetos dulzones de Paco y sus prosas rimadas explosivas, entraríamos en intimidad. Si rehuyo su trato, es sólo por ponerme a salvo de la recitación de su oda a Pípila o de su monólogo «El veterano y la niña», dicho con éxito memorable en el curato, en una distribución de premios.

¡Pequeñez humana! Caigo en la cuenta de que este tono zumbón que voy gastando contra Paco me lo dicta la envidia. Porque él hará desapacibles madrigales y feas prosas, pero (¡y el pero es de cuántía!) él es feliz. Ha realizado el prodigio de no dejar de ver a Clara, ni un día.

Él la perseguirá por la Alameda; irá a su zaga por la banqueta de las casas consistoriales, entre la segunda y la última llamada del rosario; pasará por sus rejas cuando Ella limpia los floreros que en la mesa de tortuga asedian al quinqué, mientras el sol espejea en el tejuelo que, en la esquina, sustenta el nombre de la calle. Tal vez en este mismo instante, en que malbarato el despertar del ocho de diciembre, revolviéndome en el lecho, Paco Izaguirre, en una de las puertas de la panadería, baraja en el caletre ripios y ripios acechando el paso de Clara. Y la saludará, y Ella le devolverá el saludo en un giro imperceptible de cabeza y abatiendo la frente en una inclinación de medio grado. Como en el tránsito señorial de una quimera...

El Nacional Bisemanal, México, 22 de diciembre de 1915

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

